

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Ananías, Bernabé y Cefas

Hechos 9 – Gálatas 1

Inmovilizado en el camino de Damasco, cuando “respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor”, el joven Saulo en respuesta a su pregunta: “¿Quién eres Señor?”, oyó la voz de Jesús que le decía: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón” (Hechos 9:5). Temblando, Saulo preguntó nuevamente: “Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”. Saulo, con los ojos abiertos, no podía ver a nadie: sus compañeros tuvieron que llevarle de la mano hasta Damasco. Allí, estuvo ciego por tres días, sin comer ni beber.

El diálogo del Señor con este hombre, cuya vida quería transformar, es repetido en tres lugares diferentes con distintos detalles; en cambio se guarda silencio sobre estos tres días en que el Espíritu de Dios trabajó en secreto en él. Entre Dios y el alma a quien se revela, hay unos momentos íntimos en los cuales nadie puede intervenir. Sólo sabemos que Saulo oraba y que en visión vio a un hombre llamado Ananías que entraba y le imponía las manos para que recobrarla la vista.

Ignoramos todo acerca de ese discípulo quien, a pesar de sus reparos, responde a la orden divina. El carácter de un discípulo es que escucha las enseñanzas del Maestro, aprende de él y

anda conforme a sus enseñanzas. Ananías se mantenía a los pies de su Señor y había sacado provecho de lo que se podía aprender en semejante escuela. La prueba de ello fue que respondió: “Heme aquí, Señor”. Estas palabras demuestran el completo abandono de toda propia voluntad. Significan: «Señor, estoy a tu disposición, haz de mí lo que estimes conveniente; tú eres mi Señor y no tengo otro deseo más que el de hacer lo que te es agradable».

Entonces Ananías se dirige al encuentro de Saulo para transmitirle este mensaje: “Hermano Saulo, el Señor Jesús que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo”. Tras la oscuridad profunda de estos tres días y del trabajo interior que operaba en su alma, Saulo recobra la vista. Este hombre sencillo que vino a él de parte del Señor, fue el primer contacto que tuvo de su vida cristiana, que acababa de iniciar. ¡Qué estímulo para este joven, que sentirá sobre sí, hasta el final de su existencia, la responsabilidad terrible de haber perseguido a la Iglesia de Dios! No recibe de parte de Ananías ningún reproche, ninguna insinuación, sino que le presenta esta magnífica perspectiva: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca, porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído” (Hechos 22:14-15).

Es una gran bendición para un joven que al principio de su camino en la fe encuentre un creyente, instrumento del Señor que le ayude a discernir la voluntad de Dios en lo que a su vida se refiere.

* * *

Los años fueron pasando. Después de predicar a Jesús en las sinagogas de Damasco, Pablo fue conducido a Arabia (Gálatas 1:17), en donde el Señor le preparó interiormente

para el servicio que tenía reservado para él. Regresó a Damasco. “Tres años más tarde” (Gálatas 1:18), subió a Jerusalén, en donde “buscó los discípulos para unirse a ellos” (Hechos 9:26). No se le quiso recibir, porque pensaban que no era un discípulo. ¿Qué hacer? Una vez más, el Señor tocó el corazón de uno de sus siervos para que se ocupase de Saulo: Bernabé lo tomó, lo condujo a los apóstoles y les contó “cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había testificado valerosamente del nombre de Jesús” (Hechos 9:27).

Saulo no insistió para ser recibido, diríamos, a la Mesa del Señor, ni hizo valer sus cualidades. Dios se sirvió de Bernabé, hombre de corazón, que se gozaba al ver cómo la gracia de Dios obraba (Hechos 11:23), para que, por así decirlo, le tomara de la mano y le hiciera hallar la confianza de sus hermanos. ¡Qué estímulo cuando un hermano mayor puede ocuparse de esta manera de uno más joven que desea recordar al Señor junto con sus Amados reunidos a su alrededor!

* * *

Saulo era un desconocido para los hermanos de las asambleas de Judea. Cuando subió a Jerusalén tuvo especial interés por conocer a “Cefas”, con quien permaneció durante “quince días” (Gálatas 1:18). No se nos dice nada de las conversaciones de estos dos hombres cuya influencia iba a ser tan grande, tanto por su ministerio como por sus escritos, en toda la historia de la Iglesia de Dios. Saulo, un joven y aprendiz, recibido hacía poco entre los santos, se encontró con un discípulo de Jesús que vivió junto a Él, que aprendió de Él, a veces con lágrimas; testigo de su resurrección, fue el instrumento escogido por Dios para abrir la puerta de la gracia a los judíos, a los samaritanos y a los gentiles. ¿De qué pudieron hablar juntos? ¡No es necesario preguntarlo!

¡Cuántas lecciones debió de aprender el joven Saulo de su hermano más anciano!

Muchos siglos antes, David, huyendo de Saúl, se refugió en Naiot con Samuel, y los dos hombres pasaron varios días juntos (1 Samuel 19:18). Uno acababa de entrar en la escuela de Dios y el otro estaba terminándola. Días inolvidables, en los cuales, junto a otros (v. 20), David pudo recibir las enseñanzas del viejo profeta que tantos años había andado con Dios.

* * *

Queridos amigos, si el Señor coloca alguna vez en vuestro camino a creyentes mayores que pueden ayudaros, acoged tales ocasiones como venidas de Dios, pues serán momentos bendecidos que marcarán vuestro camino. Vuestros mayores hicieron la misma experiencia, con aquellos que tuvieron a bien estimularlos e instruirlos de parte del Señor, ya sea en la intimidad o al calor de la comunión del grupo, como también lo experimentaron los jóvenes profetas que otrora acompañaban a Eliseo (2 Reyes 4:28; 6:1, etc.).

G. A.

PARA TODOS

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).